

Sergio A. Orellana (venezolano)

La culebra de dos cabezas

(UNA TRAGEDIA RURAL)



RECOSTADO en su chinchorro, Terecio permanecía indiferente a los reproches que le hacían sus mayores por aquel paso que acababa de dar.

Poco era lo que le preocupaban las opiniones de sus padres en este momento. Además, ya no había manera posible de volverse atrás. Había comprometido su palabra con don Gonzalo y más vale muerto que embustero. Por otra parte, fué mucho lo que pensó el asunto antes de decidirse. Estaba urgido de dinero y no había encontrado otra solución.

El negocio que acababa de hacer con don Gonzalo le proporcionaría una bonita suma. Al fin podría comprar aquellos terrenitos de Loma Arriba que tanto deseaba. Allí cultivaría frutos menores. Y construiría una casa. Al fin y al cabo, ya era tiempo que pensara en formar un hogar. Sí. Ya era tiempo de pensar en buscar una compañera.

No se arrepentía Terecio de haber dado aquel paso. Por supuesto que era arriesgado. Pero tendría el dinero si todo salía bien. Nunca más haría nada ilegal. Y viéndolo bien, no era tanto el riesgo. Cuantas personas habían logrado destilar aguardiente en alam-

biques clandestinos sin ser descubiertos por los "rurales". El no corría tanto peligro. Sólo se había comprometido a trabajar "a medias" por un mes aquel alambique de don Gonzalo que quedaba en el Zanjón del Zamuro. Era un sitio oculto; mejor dicho, bien oculto. No había por qué preocuparse tanto.

En aquella parte donde se encontraba el alambique, los árboles eran frondosos y los matorrales muy tupidos. Era difícil que los "rurales" llegaran a dar con el sitio o alcanzaran a divisar el humo de la caldera. Para eso había tomado sus precauciones Terecio. Conduciría el humo por medio de un tubo hacia la fosa que había cavado con ese fin y asunto concluido. Evidentemente, no había que temer nada. Todo saldría bien. Tendría su platica y compraría aquel conuco en Loma Arriba. En cuanto a lo del hogar que pensaba formar, hablaría con Rosita, la hija de don José Ignacio.

Ella parecía haber notado sus miradas amorosas cada vez que pasaba por su casa. Casi siempre la encontraba ordeñando las vacas. Un día Terecio hasta le dejó conocer su secreto amor, anidado en su corazón desde hacía tanto tiempo:

—Muchas gracias por el café con leche, Rosita.

—No hay de qué, Terecio.

—Ojalá tuviese quien me hiciera un cafecito sabroso como éste, todos los días.

—Venga por acá y yo se lo doy, no faltaba más...

—O váyase usted para allá. Ya usted sabe, Rosita...

Era una manera bastante prosaica para declarar un amor. Pero Terecio no sabía hacerlo de otra manera.

Rosita comprendió, pues, casi en seguida, recobrando la tranquilidad perdida a consecuencia de lo inusitado de aquellas palabras de Terecio, replicó:

—Tiene que ser con la bendición del cura, pues...

Eso significaba aceptar. En realidad ella también estaba enamorada de Terecio. Habían crecido en el mismo lugar y siempre —desde niños— habían llevado en sus corazones la llama viva del

amor sin palabras. Amor que sólo puede ser alimentado cuando media una tácita y recíproca comprensión. Y así era. Desde pequeños ellos se habían comprendido. No con palabras, sino con miradas y buenas acciones, más convincentes aún que el lenguaje articulado. Se habían comprendido y amado con el mudo lenguaje del alma campesina. Lenguaje lleno de sinceridad y franqueza.

Terecio estaba decidido a empezar en dos días más la destilación del guarapo que ya fermentaba en las canoas.

No había tiempo para arrepentirse. Sólo así podría conseguir la plata que necesitaba para comprar las tierras en Loma Arriba y empezar a levantar la casa donde viviría con Rosita.

Ah, buena muchacha que voy a tener, decía a veces. Su sueño era ese. Tener hijos hasta más no poder. Ver consagrada su función de macho fecundo. Procrear sencillamente. ¿Qué más? Bastantes veces había oído las palabras de Cristo por boca del cura: creced y multiplicaos. Pues ya vería Jesús como él cumpliría sus mandatos.

—Un tripón cada año. ¡Ah, mundo!

Llegó el día de la partida. Durante todo un mes Terecio permanecería en Zanjón del Zamuro entregado a sus faenas. Junto con él irían Bernardino y Ruperto, quienes acarrearían el licor al pueblo, de noche, en sus burros. Eran personas de confianza y en caso de que los pillasen con las garrafas de aguardiente, no había peligro que lo delatasen. Sólo perdería el licor decomisado. Y bueno, era cuestión de trabajar algunos días más y reponerlas.

Terecio avanzaba por el camino acompañado de sus dos amigos. Iba pensando en la dicha que se avecinaba si todo salía bien. Ya se veía en su casita llena con el dulce alboroto de sus hijos; los terrenos sembrados de maíz espigado. Y Rosita a su lado, remendándole alguna blusa de trabajo, o contándole alguna vieja historia de "aparecidos".

¡Esa sí que iba a ser dicha!

Y pensando en todo esto, empezó de pronto a tararear un viejo joropo y se perdió en la polvareda del camino reseco...

II

Había transcurrido más de un mes desde que Terecio se entregó a sus faenas en Zanjón del Zamuro. Bernardino y Ruperto se portaron muy bien. El peligro de ser descubierto había terminado.

Lleno de esperanzas abandonó aquel lóbrego lugar pestilente, donde el fuerte olor del alcohol se mezclaba al no menos fuerte de los residuos de guarapo piche.

Terecio se dirigió a su casa. Era de noche; una noche clara y fresca que invitaba a recorrerla. Y a Terecio le gustaba viajar de noche. Así evitaba la fuerte resolana de los días caldeados y podía entregarse a sus pensamientos bajo los frescos rayos del satélite alado.

Descansaría todo el día siguiente. Después iría donde don Gonzalo a recibir su parte del negocio. Según sus cálculos le tocaban mil bolívares. Ahora sí que compraría aquellos terrenos donde pensaba formar su hogar.

Terecio irradiaba dicha el día que se dirigió a casa de don Gonzalo. Este lo recibió friamente.

—¿Qué tal, Terecio? —fué todo su saludo.

—Buenas tardes, don Gonzalo. Vengo a lo de mi platica.

—Sí, hombre. Son unos trescientos bolívares.

Terecio se sorprendió al oír esta frase. El había hecho muy bien sus cálculos. Lo que era don Gonzalo quería engañarlo. Y eso que va, vale. Eso no lo iba él a permitir.

—Perdón, don Gonzalo, pero me parece que hay algún error —dijo Terecio enarcando las cejas en ademán de duda que más bien parecía desafío.

—No, hombre. Las cuentas están claras —replicó don Gonzalo palideciendo. Bien sabía él de lo que era capaz Terecio Méndez cuando se encolerizaba.

—Pues eche su revisada. A mí me salen mil bolívares. Y creo que eso es.

Terecio había enrojecido súbitamente.

—Pasa por acá en tres días más, hombre. Voy a echar la revisada a ver. Y no te supirites, caray.

Don Gonzalo parecía pedir tiempo para pensar una buena excusa. El estaba decidido a no pagar lo justo a Terecio.

—Hasta el jueves, entonces. Y que sea hasta el jueves —dijo Terecio, recalcando el día. Con esto daba a conocer al viejo cuán seguro estaba de su cálculo. Y se adelantaba a una nueva prórroga que pudiera pedirle.

Se fué Terecio silbando un viejo aire tocuyano. El jueves volvería. Confiaba que todo se arreglaría por las buenas.

Mientras tanto allá en el caserón don Gonzalo escupía groseramente su viscosa saliva de chimó y permanecía en actitud pensativa. Seguramente buscaba la manera de librarse de su acreedor. Y no en buena ley, pues el aire fresco que en aquellos momentos peinaba las copas de los árboles, dirigiéndose hacia el cafetal de Ño Ramoncito, se llevó estas palabras del viejo pícaro:

—Mi alambique valdrá unos cuatrocientos bolívares...

Y luego, dando un brusco puñetazo en la mesa del corredor, afirmó:

—Esta noche misma voy al pueblo. Para algo mi compadre es el jefe civil...

Por entre los árboles que crecían a cada lado del camino, se veía avanzar acompasadamente a Terecio Méndez. ¡Quién sabe en cuántas cosas iría soñando el pobre, mientras allá en el caserón don Gonzalo rumiaba su perdición! Y la suya propia.

III

Terecio, el pobre Terecio, no pudo hacer nada contra la conjuración del tramposo y la autoridad. Tampoco importó a don Gon-

zalo perder su alambique. Apenas valía cuatrocientos bolívares. Su deuda con Terecio era de mil. Luego le significaba una utilidad de seiscientos bolívares.

Don Gonzalo había planeado muy bien las cosas. Acusó a Terecio como propietario del alambique. A él no le importaba perderlo puesto que había decidido retirarse de aquel negocio. Y su compadre, el jefe civil, supo hacer la jugada. De nada valió la honrada palabra de Terecio en su sobria defensa. Porque pensar en Ruperto y Bernardino para que atestiguaran en su favor era pensar imposibles. Ellos dependían, como todos los jornaleros, de los teje-maneges de don Gonzalo, el cacique de todos los trabajadores de aquella región. Echárselo encima quería decir, hambre, pues ya no conseguirían donde trabajar. Si a la hacienda de los Torres, de los Rojas, o de los Segovia se llegaba, ya don Gonzalo había ido con algún chisme y lo que es peor, con su autoridad de "guapo" a prohibir, prácticamente, que se diese trabajo a fulano o perengano.

Desde el día en que lo hicieron preso, Terecio cayó en un mutismo exasperante. A nadie se dirigía. Por nadie preguntaba. Se notaba en él una especie de resignación pacífica a la suerte que le había tocado. En realidad, lo que más le atormentaba era saber lo imposible de su defensa. Don Gonzalo le dijo al jefe civil que el alambique le pertenecía. De nada le valió desdecir al viejo tramposo. Por algo era compadre de la autoridad.

—Algún día se acabarán ustedes y sus chanchullos —se limitó a decir Terecio cuando vió que todo estaba perdido.

Lo demás transcurrió en la más completa indiferencia. Terecio no quiso recibir la visita de sus familiares ni de Rosita. O mejor dicho, no quiso dejarse ver la cara, porque lo que fué ellos llegaron hasta la puerta del calabozo. Pero Terecio se colocó de espaldas en un ángulo del frío y sucio recinto. Su actitud era, quizás, fruto de la vergüenza que le causaba el no haber oído el consejo de sus viejos aquella vez, antes de meterse en negocios con don Gonzalo.

—Adiós, hijo —le dijo su mamá—. Que la virgen lo cuide y

me lo lleve con bien. Me dijeron que mañana lo sacan para Guanare. Llévase este avío para el camino.

Todos se despidieron; pero ninguno obtuvo contestación de Terecio. El se encontraba demasiado ofuscado; demasiado avergonzado de su acto. Y a decir verdad, demasiado colérico por la traición de don Gonzalo.

—Mañana me sacan para Guanare. ¡Ojalá no me suelten nunca...!

IV

—Ojalá no me suelten nunca.

Esta frase reunía todo lo que se estaba gestando ya en el pensamiento de Terecio Méndez.

—Ojalá no me suelten nunca —se repetía insistentemente en la oscuridad de su encierro.

Una idea sangrienta pugnaba con su rectitud. En su vida siempre había obrado cuerdamente, hasta aquel día en que aceptó negociar con don Gonzalo. Fué el primer paso en falso. El paso que lo conduciría vertiginosamente hasta el abismo insondable de la venganza que ya se fraguaba en su cerebro. Y como para retirar de su mente la idea que lo roía, el pobre hombre, luchando con sus más primitivos instintos, recurría a aquella frase que llenó toda su soledad durante el tiempo que estuvo en la cárcel:

—¡Ojalá no me suelten nunca!

—Pero antes que contribuir con esa supuesta resignación a la aniquilación de sus ideas de venganza, parecía más bien que con ella avivaba el fuego de su profunda cólera contenida, por el poderío del cacique tramposo.

Ojalá no lo suelten nunca. Ya en él, existe otra persona: el vengativo. El que vió mancillada su honradez. En la ceguera de su ira no ha pensado en sus familiares. Ni en Rosita. Ni en sus sueños. Sólo rojo ven sus ojos. Sólo rojo crepita en su corazón pulsado ahora por la ardiente llama de la venganza avasalladora.

Y alimentando este fuego cumplió su condena. Fueron trece meses de angustia y coloquios con su alma. Fué la maduración de la idea que lo consumió durante todo ese lapso. La maduración de la idea que triunfó en él. Terecio Méndez estaba dispuesto a realizar sus designios.

—Que se joda uno para que vivan muchos —se decía en sus tardes solitarias, cuando desde lo alto de la colina de los Tres Morritos contemplaba la profusa vegetación del fértil terreno. Y cuando su vista se posaba en los de Loma Arriba, un suspiro ligero brotaba de su pecho y casi entre dientes se le oía decir:

—Adiós, sueños. Adiós, ilusiones. La vida es dura.

Y esa tarde, mientras el sol quemante inundaba de vida a los árboles y el cafetal expelía su suave olor melifluo, protegido de los potentes rayos del astro por la sombra de los guamos y bucares, Terecio se dirigió a casa de don Gonzalo.

Lo demás no es para ser narrado: Un hombre enfurecido que llega a una casa. Un puñal que brilla reflejando los rayos del sol, un quejido penetrante y alguien que se desploma en el patio, sobre los aperos de una bestia de trilla.

Ya Gonzalo Lucena no haría imperar más tiempo su caciquismo en aquella región. Sólo faltaba ahora "matar la otra cabeza de la culebra", como decía Terecio.

Y con este pensamiento se dirigió *ipso facto* al pueblo en busca del jefe civil. Llegó a la jefatura y pidió hablar con la autoridad, alegando venir con un recado urgente de don Gonzalo Lucena y que tenía que ser entregado personalmente. ¡El jefe civil lo recibió en su despacho.

Terecio, con la rapidez de un felino, sacó su puñal y traspasó el pecho de "la otra cabeza de la culebra". Un chisquete de sangre manchó su blusa de caqui. El viejo se desplomó pesadamente sobre los papeles de su escritorio.

—Ahora sí que estoy contento —exclamó Terecio al abandonar el despacho. Y dirigiéndose al guardia de prisión:

—Métame al calabozo. Que me despachen para "El Dorado" (1) si quieren. Me siento libre de toda culpa, pero merecedor de un castigo.

Santiago de Chile, abril, 1953.

(1) Colonia penal en la Guayana de Venezuela.